



(44) vida rural

Rufino Marín Villanueva

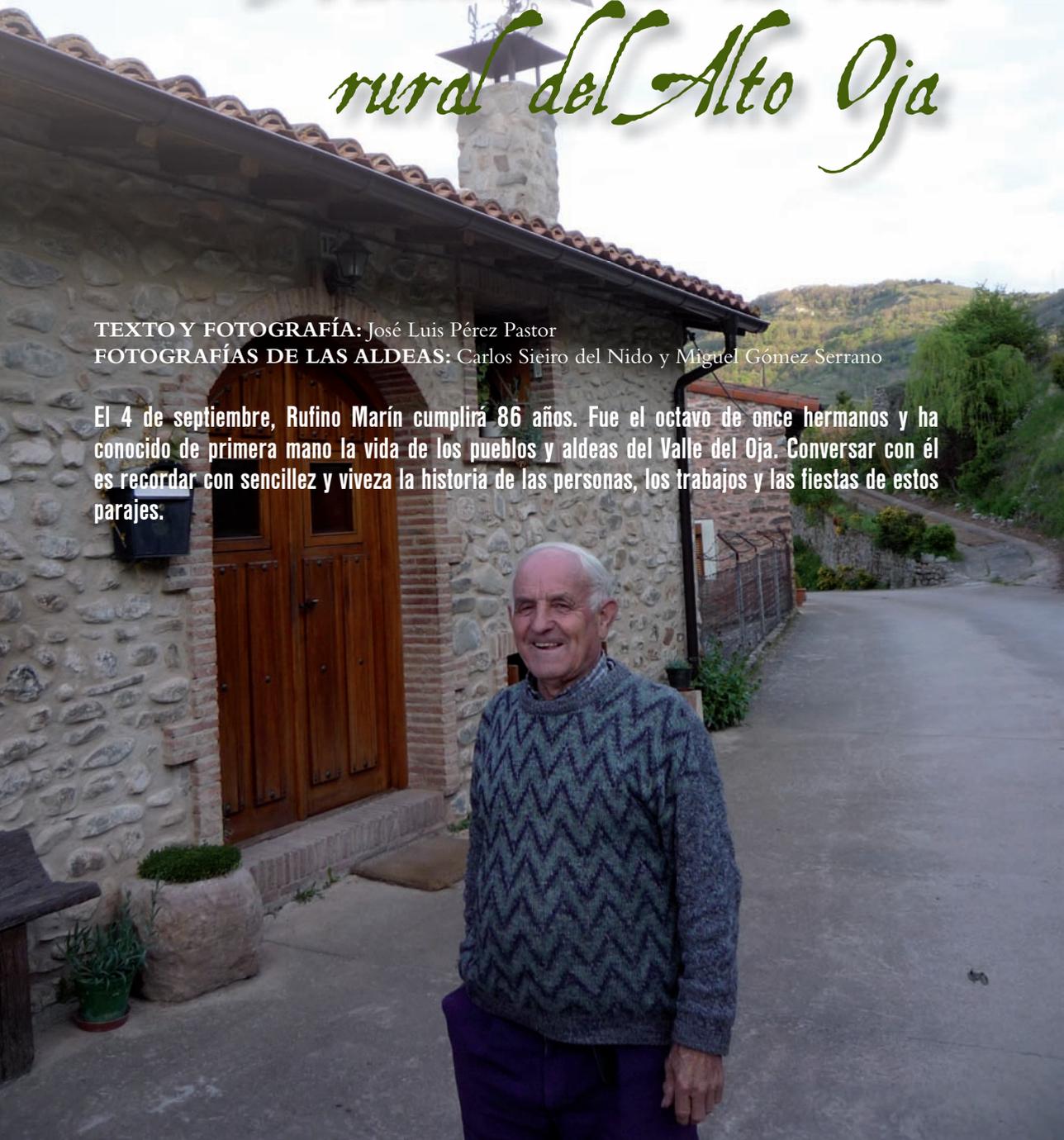
(Ojacastro, 1923).

Memoria de la vida rural del Alto Oja

TEXTO Y FOTOGRAFÍA: José Luis Pérez Pastor

FOTOGRAFÍAS DE LAS ALDEAS: Carlos Sieiro del Nido y Miguel Gómez Serrano

El 4 de septiembre, Rufino Marín cumplirá 86 años. Fue el octavo de once hermanos y ha conocido de primera mano la vida de los pueblos y aldeas del Valle del Oja. Conversar con él es recordar con sencillez y viveza la historia de las personas, los trabajos y las fiestas de estos parajes.





Ojacastro, como otras muchas poblaciones de la zona, presenta hoy en día al visitante su mejor cara. Las piedras de sus casas parecen recién lavadas y los tejados están cuidados, como acabados de peinar. Las calles proporcionan agradables paseos que suelen acabar en torno a la iglesia. El día trae luz fresca a estas alturas del calendario, mientras la naturaleza va señalando inequívocamente la llegada de la primavera. Mucho ha llovido desde las calles embarradas que presentaba el pueblo hacia los años cuarenta. Desde entonces la vida ha cambiado no poco para este lugar y para las aldeas que dependían de él, muy similares a las adscritas a la vecina Ezcaray.

Con idea de hablar de todo esto me acerco a la casa de Rufino Marín. Sigo las indicaciones que me ha dado en las conversaciones por teléfono que hemos mantenido previamente. En ellas se ha mostrado como un hombre tremendamente afable y hospitalario, cosa que compruebo *in situ* en cuanto me abre la puerta de su hogar.

Me conduce hasta su salón, donde crepita la llama en una moderna chimenea. Rufino ha hecho los deberes. Sobre la mesa de madera se extiende un buen número de libros con información sobre el valle del Oja cuya lectura le acompaña en la soledad de las tardes.



Rufino con el antiguo atuendo de concejal de Ojacastro.

Leer, escribir versos y llevar la cuenta de los datos meteorológicos son sus grandes aficiones, aparte de cuidar la huerta. Nos sentamos y al poco estamos hablando como si nos conociéramos de toda la vida.

—Usted se ha dedicado a la agricultura, ¿no?

—Siempre, aunque en la mili dije que había sido electricista, porque hermanos míos lo habían sido. Pero eso no me quitó ninguna guardia. Y de pelar patatas, pues parecido. Pero bueno, mi padre y mis her-

1942. Familiar utilizando la rueca.





1949. Rufino con la yunta de bueyes.



manos sí que entendían y por eso lo dije, porque en algunas ocasiones había ido con ellos. Los vecinos muchas veces les pedían que les arreglasen la luz, que eran poca cosa, cuatro cables, porque no había más que dos bombillas en muchas casas.

—Las cosas eran difíciles, supongo.

—Ahora dicen que hay crisis. Entonces sí que había crisis. A veces cuando paría algún animal se les ponía la luz a la cuadra y se dejaba la cocina sin luz, para ahorrar. Ahora bien, a nosotros a pesar de ser muchos, nunca nos ha faltado, con la huerta, los cerdos y tal. Aunque yo sobre todo gané el jornal con los bueyes como medio de transporte.

—¿Qué transportaba?

—En Ojacastro había dos industrias, que eran las de la cal. Había dos hornos de cal que pertenecían a Gregorio Torres y a José Heras. Había que bajar la piedra de las canteras de la dehesa, que estaba bastante arriba. El medio de locomoción fuerte eran los bueyes. Yo he ganado sobre todo el jornal con los bueyes. Con los bueyes y el carro, en cuatro viajes al día, ganaba cien pesetas, a cinco duros cada viaje. ¡Si vieras lo que era pasar el río, con toda el agua, con el carro y los bueyes! Algunas veces teníamos que montarnos en los bueyes para pasar.

—Ustedes cogían también la piedra.

—No, la extraían ellos y nos la cargaban. Con paciencia hacían un agujero con una barra en la piedra, ayudándose de agua, e introducían el barreno, la dinamita. A veces pensaban que iban a sacar mucho y luego no era para tanto. Pensaban que a lo mejor iban a sacar dos mil o tres mil kilos y a veces no salían más que mil. Nosotros sólo la transportábamos abajo con los carros. En aquel entonces tenía que ser así, con los bueyes, no había otra manera de bajar la piedra de allí. Habría unas ocho o diez parejas de bueyes en Ojacastro. Mi padre tenía una.

—Cuénteme qué se hacía luego con la piedra.

—Con las piedras se hacía la cal. Se metían en el horno y se prendía con “escoba” que se traía del monte. Gavillas y gavillas. Luego el horno tenía que estar a lo mejor doce o quince días y cuando salía por arriba la llama es que ya estaba lista. Había que tener mucho cuidado de que no se mojase, por ejemplo, con la lluvia. Si le daba por llover y llover... ¡cómo salía todo! Era un trabajo muy duro. Luego cuando estaba la cal lista se vendía para la viña, como



desinfectante. Venían al pueblo los carros de mulas con llantas de hierro a buscar la cal. Luego ya con los productos químicos y con el movimiento del tractor la cosa cambió y murió lo de la cal.

—**Pero mientras duró, los bueyes les daban buen sustento. Era una suerte poder tener esos animales.**

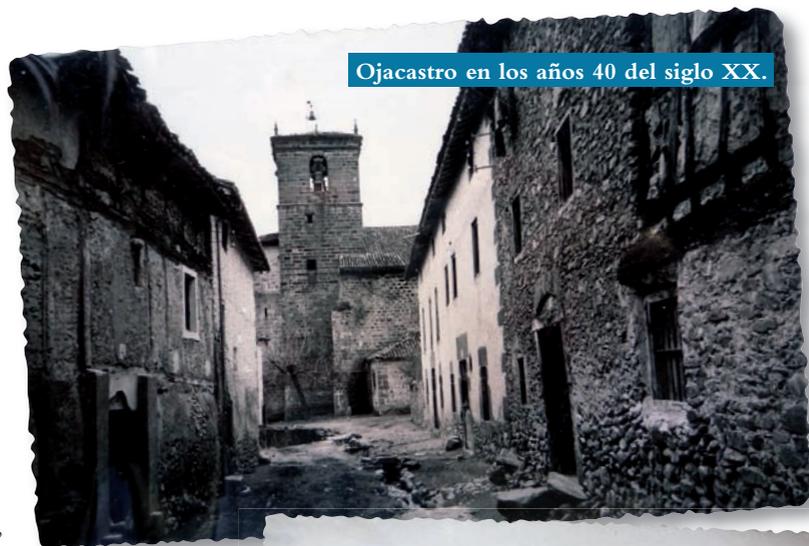
—¡Y tanto! No todos tenían pareja de bueyes, y no había para todos ese jornal. Por eso había que tener todo el aparejo del carro bien cuidado, y también a los animales. A mí me obedecían los míos en todo, y los empleábamos mucho. Lo de la piedra era sólo una vez al año, cuando tenían mucha venta, más o menos por estas fechas. Luego tenías todo el año para ir al transporte de las patatas, a labrar fincas porque no había tractores... Daban más los bueyes que la tierra. Luego ya, con el mecanizado, los bueyes fueron desapareciendo.

»Ahora llevo la huerta porque me gusta y me dice la gente “¡no sé por qué siembras, porque lo regalas!”. Pero a mí me entretiene, junto con la lectura, escribir, apuntar las temperaturas y los datos del pluviómetro. Llevo registro diario de la temperatura máxima, la mínima y las precipitaciones desde hace doce años.

—**¿Vive todo el año en el pueblo?**

—Sí. Y, no me falta ninguna comodidad. Aparte, están las hijas y amigos no me faltan. Aunque me quedé viudo hace dieciocho años, no estoy solo.

—**Entonces ha visto de forma continua la evolución de la zona y de sus pobla-**



ciones. ¿Qué me puede decir de las aldeas de Ezcaray y Ojacastro?

—Yo las conocí con la vida de entonces. Luego se fueron despoblando y en muchas de ellas hubo “comuneros”, pero éstos tampoco se preocupaban mucho de mantenerlas, y acabaron desapareciendo, aunque a lo mejor queda alguno. Luego casi todas se han recuperado y hay en general muchas casas arregladas, aunque no se vive de continuo en ellas. Se usan sobre todo para vacaciones o para los fines de semana. Son los hijos o los nietos de los que se fueron los que ahora las usan de vez en cuando y las mantienen. Algunas de las aldeas han quedado francamente bien. Sólo unas pocas están deshabitadas del todo.



—Cuando se despoblaron, ¿dónde se fue la gente?

—Quedaron muy pocos. La gente de todas estas aldeas se fueron a Logroño, a Vitoria, y sobre todo a Bilbao. Allí cogían a muchos para las industrias. Ganaban su sueldo y todo les quedaba limpio, porque lo que es aquí había mucha miseria. Hasta se usaba la harina del centeno para hacer pan. Aunque hoy en día este pan y el integral son muy apreciados, entonces se decía:

*Pan de centeno, agua del ribazo,
hincha la tripa y aguza el espinazo*

»La gente se fue entre los años 60 y 70, cuando daban más trabajo en las ciudades. En las aldeas la vida era más dura. Se vivía de la agricultura familiar y de lo que más de la ganadería, sobre todo ovejas y vacas. Pero la lana, por ejemplo, que antes se pagaba muy bien, dejó de tener auge, y hasta ahora, que ya no vale nada.

—¿Tenían estas aldeas algún tipo de festividad?

—Pues las de Ezcaray, por decir alguna, bajaban todas al pueblo cuando la fiesta de la virgen de Allende, el 24 de septiembre, que se sigue haciendo como una romería hasta la ermita, que la tienen muy cuidada. Cuando iban los de las aldeas, decían los de Ezcaray: “ya vienen los chuetes”, que era como los llamaban. Y las de Ojacastro, pues venían a la caridad de las habas de San Antón, el 17 de enero. Se hacía el reparto desde la



1925. Alumnos de la escuela de Ojacastro.

cofradía y las comíamos todos tan ricamente, incluso cuando tenían algún gusano, cuando traían “coscojo”. Ahora ya las tratan y no aparecen, pero entonces decíamos “mira, así también comemos carne”. La caridad, al parecer, empezó como algo para los pobres, pero luego se acabó repartiendo a todos los asistentes.

—¿Había mucha vida en las aldeas? ¿Qué me puede decir de los niños? ¿Había muchos?

—¡Que si había! De las aldeas de Ojacastro bajaban todos los chicos a la escuela de aquí y nos juntábamos hasta cincuenta. Venían de todas, hasta de Zabárrula. De Amunartía llegaban a venir una docena de chicos. Y de todas las edades, desde los seis hasta los catorce años. Todos juntos en la misma clase. El pobre maestro se volvía loco para poder explicarnos a todos. En el 36 nos llevó de viaje a Bilbao, por 9 pesetas la ida y la vuelta. Era muy bueno.

Se llamaba José Ollero y lo mataron a él y a su padre, que era alcalde de Santo Domingo, un mes o dos después de aquel viaje, cuando ya estábamos de vacaciones. Aquí se quedó su gabardina.

La tarde se nos va enredando hablando ya de todo un poco. Mientras comentamos un álbum de fotos, seguimos sobrevolando los pueblos de la zona con nuestra conversación. Rufino me enseña también su libro



Mujeres de Ojacastro vestidas de “Manolas” para las fiestas. Entre ellas, la esposa de Rufino.



de poesía, del cual parece muy oportuno rescatar un breve fragmento del poema titulado “Las golondrinas”:

*En una vieja casona
fueron varios los nacidos.
sólo quedaron los padres,
porque los hijos se han ido.*

*Se fueron a otros lugares
en busca de otros destinos,
Mas siguieron visitándoles
los sábados y domingos.*

*Cariñosas golondrinas
que anidáis en el portal,
porque sabéis que no hay niños
nos queréis acompañar.*

Rufino saca mosto y unas pastas para brindar por el rato que hemos pasado charlando. Me enseña su casa y me comenta lo contento que está con el sistema de calefacción. Luego nos despedimos. Espero que dentro de poco, entre sus metódicas mediciones y sus trabajos en la huerta, estas líneas le hagan compañía en sus momentos de lectura. En ellas late un destello de la memoria de la vida rural en este valle.

LAS ALDEAS DE EZCARAY

Altuzarra, Ayabarrena, Azárrulla, Cilbarrena, Posadas, San Antón, Turza, Urdanta, Zaldierna.

“En general, salvo en Cilbarrena y Altuzarra, que están en ruinas, estas aldeas estuvieron al borde del abandono, pero se han ido recuperando en parte por gente que viene sobre todo los fines de semana a disfrutar de la aldea de sus padres. En algunas hay animales, en otras colmenas. Posadas está muy bien y hay turismo rural. En cuanto a Zaldierna, no ha estado nunca mejor que como ha estado ahora. Han arreglado las casas todas con el canto sacado. Preciosas. Zaldierna parece un pueblo. No parece aldea.”





Amunartia.

LAS ALDEAS DE OJACASTRO

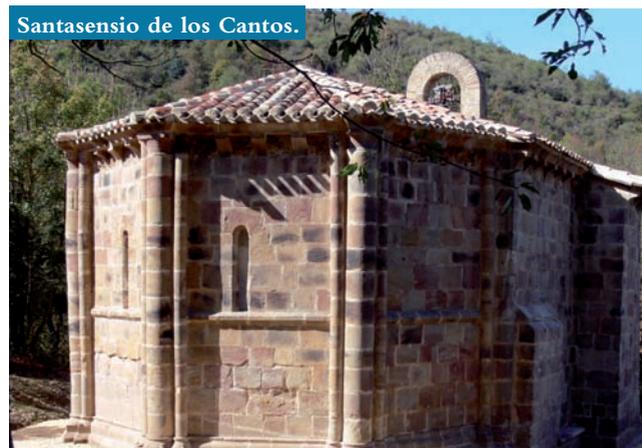
Amunartia: “Era la más importante, la que más vecinos tenía. Una iglesia preciosa. Había incluso maestra, pero cuando la gente se fue, se vino todo al suelo, aunque quedan cuatro o seis casas. Estuvieron los comuneros allá por los años 80. Entraron hasta en las escuelas. Unos bajaban a trabajar a Ezcaray, otros se quedaban cuidando animales... Bajaban a comprar a Ojacastro. Se fueron yendo hasta que quedaron dos chicas solas que también se fueron. Ahora no vive nadie, pero se ha hecho algún arreglillo para tener conejos, abejas, etc. y la gente va a cuidarlos, aunque no se quede.”

Arviza: “Se mantiene todavía la iglesia y el 29 de julio se celebra Santa Marta. Nunca ha estado abandonada del todo y hay pocas casas en ruina. Ahora viven una madre y dos hijos que son ganaderos y que se dedican al cuidado de cabras y vacas. Pero llegó a tener bastantes vecinos.”

Santasensio de los Cantos: “Esta también se mantiene pero para el turismo. Han arreglado las casas y vienen a descansar. Viven en Logroño la mayoría. La ermita, muy maja, todavía se conserva. Allí es donde se celebra en mayo la Ascensión.”



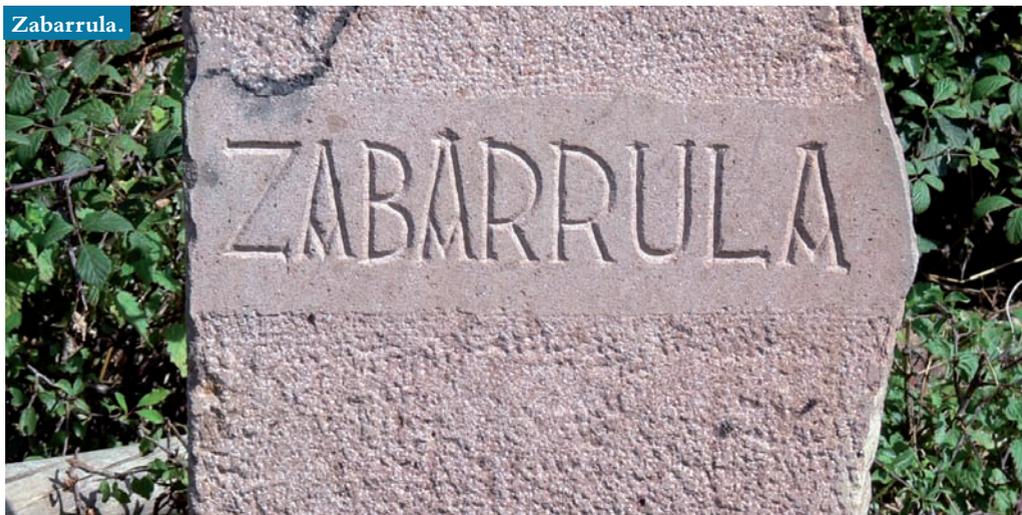
Arviza.



Santasensio de los Cantos.



Zabarrula.



Tondeluna: “Ahora hay una fábrica de un matrimonio en la que hacen un queso estu-
pendo de cabra. Se ha arreglado la carretera
y se puede subir muy bien. Yo la conocí con
bastantes vecinos. El apellido más frecuente
era Soto.”

Tondeluna.



Ulizarna: “En Ulizarna hubo un cabrero que
tenía bastantes cabras, pero ya se fue. Aunque
no esté en ruina, habitada tampoco está.”

Uyarra: “Todavía se mantienen las casas como
para poder vivir algunas, pero sólo queda un
ganadero que mantiene ovejas.”

Zabárrula: “Esta está deshecha. Yo ya la he
conocido con las paredes hechas ruina cuan-



Uyarra.

do era todavía pequeño. Lo que he conocido
son descendientes de allí que bajaron a vivir a
Ojacastro.”

Ulizarna.



[+ INFO]

www.ezcaray.org
www.ojacastro.org